



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12452

PREMIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 9 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

BONITA CASA

Se vende la llamada «Potosí», situada en la calle del Carmen en
Los Molinos. Con su huerto anejo. Todo por 12 000 pesetas.
Los interesados pueden dirigirse con sus proposiciones al dueño
D. José Maestre, Gerente de la American Wax Match Co Clare-
mont Ave. Jersey City, N. Y. (Estados Unidos)

LAS SIERVAS DE JESÚS

Nuestro artículo del pasado mar-
tes, que lleva igual título que las
presentes líneas, ha tenido la vir-
tud de llamar la atención sobre la
obra meritísima que llevan a cabo
las humildes mujeres que se enga-
ñan con el apelativo de Siervas
de Jesús.

Recordaran nuestros lectores
que en el citado artículo, al ha-
blar del trabajo abrumador que
pesa sobre dichas mujeres, decia-
mos que era necesario buscar el
medio de que no fuera tanto.

Pues bien, una señora que ha
tenido ocasión de ver la labor cons-
tante de esas enfermeras, que al
admirarlas las ha compadecido y
al compadecerlas se ha cuidado de
investigar la causa del enorme tra-
bajo que pesa sobre ellas, nos di-
ce que consiste en ser pequeña
la casa que habitan. De no ser
así, hace tiempo se habría aumen-
tado el número hasta donde fuese
necesario.

Resulta de aquí que no hemos
descubierto nada nuevo; que antes
que nosotros se habían fijado en
el asunto ojos agenos y habían vi-
sto lo que por ser tan grande no
puede estar oculto; que el trabajo
que hacen las Siervas de Jesús es
tanto, en relación del número de
esas pobres mujeres, que es casi
milagroso que resistan.

Como el hecho por ser tan nota-
ble tiene tanta fuerza, se ha im-

puesto la busca del remedio y la
misma señora que nos dice la cau-
sa de que no sean en mayor núme-
ro las Siervas de Jesús, nos dice
también que hay almas generosas
que se ocupan en la desaparición
de aquella para que cesen los efec-
tos.

Efectivamente; después de escri-
to y publicado el anterior artículo,
llega hasta nosotros la noticia de
que se trata de ampliar la casa de
la Cuesta de la Baronesa ó de ce-
der terreno en otro sitio, tal vez
en el ensanche, para hacer una
nueva.

Tratándose de Cartagena, en la
cual germina siempre con gran
energía cuanto signifique caridad,
es naturalísima semejante solu-
ción. Sin embargo, no es de cari-
dad principalmente de lo que se
trata; es de agradecimiento, por-
que gratitud muy grande, hasta
que rebose, merecen esas pobres
mujeres que pasan las noches cui-
dando á nuestros parientes enfer-
mos ó á nosotros mismos, en tan-
to que reposan para estar prontas
al trabajo en el siguiente día nues-
tras madres y nuestras mujeres.

Por amor de Dios cuidan á los
enfermos las Siervas de Jesús. Séa-
mos agradecidos al favor que nos
hacen, ensanchando la casa en que
habitan, para que siendo más, les
toque a menos el trabajo.

Lo piden la justicia y la cari-
dad.

Y hasta nuestro egoísmo lo exi-
ge también.

TIJERETAZOS

Dice un colega:

«Maura, que está furioso, ha dicho que
dirá en el Congreso quiénes son los dipu-
tados y periodistas que han cobrado de
fondos de Gobernación.»

Del fondo de los reptiles.

Buene, venga la lista y la veremos.

Pero que se incluya también á los ami-
gos.

Para después de las elecciones del do-
mingo se anuncia una combinación de go-
bernadores.

Si, es necesaria. Algunos se han hecho
incompatibles hasta el punto de no poder
verlos en sus respectivas provincias.

Dice un colega:

«Los carlistas van á hacer un acto.»

¿Otro?

Más vale que hagan el epilogo y conclu-
yan la historia.»

Dice otro colega:

«Los carlistas están organizando un
verdadero colmo. Para el día diez y siete
del actual preparan un banquete á tres pe-
setas el cubierto.»

Ya pareció el acto: una merienda.

Pues que coman, que no es incompatible
ser carlista y tener apetito.

En una calle de Sevilla un transeunte se
ha encontrado tres dedos.

Ahora falta una cosa

Que la policía encuentre el crimen y lue-
go al criminal.

Leemos:

«Cuando se cerraron las Cortes pasadas
sin haber obtenido ningún resultado prác-
tico, en bien de la Nación, todos los espa-
ñoles cifrábamos nuestras esperanzas en la
apertura de otras nuevas y nos contenta-
mos con decir: esperemos.»

Esa es la costumbre: esperar... pero sin
esperanza.

Para no perder la costumbre.

En Almería ha sido robada una reloje-
ría, valiéndose el ladrón de un diamante
para cortar el cristal de un escaparate.

Lo cual que no es raro.

Pero lo que sí es estupendo es lo que di-
ce un colega al dar la noticia.

Que el cristal era de un dedo de espo-
sor.

Vaya una pregunta, compañero:

¿Cuál era el tamaño del diamante?

¿El de un adorno?

Yo creo que el cristal era más delgado.

Porque un hombre que tiene un diamante
que corta un cristal de un dedo de espo-
sor, no necesita saquear al prójimo.

Lo vende y á vivir y á triunfar.

CUPIDO MODERNISTA

A juzgar por lo que dicen los periódicos,
el actual cuarto de luna ha resultado poco
propicio para los amantes furtivos.

En la crónica de los sucesos se da cuen-
ta estos días de varias sorpresas realizadas,
por la policía, á instancias de la parte agra-
viada, cuyo primer efecto ha sido interrumpir
idilios de amor y meter en elirón á los
contraventores.

Cupido anda mal humorado desde hace
algún tiempo, y parece que tiene bastante
desconfianza los asuntos de su jurisdicción.

En otras épocas, protegía á sus adeptos,
y la policía siempre llegaba tarde para
cumplir su delicada misión; ahora, por el
contrario, se diría que llaman con campa-
ñillas, porque llega en el instante crítico
de poder ejercer sin dificultad alguna su
ingrato ministerio.

Como esto perdure, dentro de poco no
va á haber nadie que se quita esconder ó
escapar para consagrarse á la felicidad in-
tima, y volverán á respirar tranquilos los
pápidos esponsales y los maridos burlados.

En cambio muchos tortolitos, cantarán
tristemente en sus jaulas, lanzando al aire
suspirillos que no llegarán á donde se los
dirige, porque á mitad de camino tropezar-
rán con la vigilancia de los ogros.

A la larga, todo esto se refleja en la cuar-
ta plana de los periódicos, donde los de-
señados de ambos sexos acuden para
solucionar conflictos relacionados con la es-
casez de recursos.

Pasada la época de los idilios poéticos,
enajado Cupido, y pudriendo tierra los
ogros quedan desamparados, y á veces en
mala posición, esto es, sin el porvenir ase-
gurado, muchas desventuradas hijas de
Eva, que se baten desoladamente en reti-
rada en las últimas trincheras de la desgra-
cia.

Señoras solas que ceden habitación á ca-
balleros estables; institutrices que ofrecen
sus conocimientos y sus servicios; viudas
inconsolables que anuncian gabinetes con

y sin, esto es, con asistencia ó sin ella;
profesoras de piano, de corte y de labo-
res... sería el cuento de nunca acabar.

Y sobre todo esto, las agencias matrimo-
niales, que realizan pingües negocios y pa-
gan su contribución correspondiente; dis-
poniendo de verdaderas gangas, como son
señoritas bellas y con dotes angustiosas que
desean casarse con caballeros formales y
de esmerada educación.

Aquella hermosa Edad Media en que los
trovadores, á la luz de la luna, templaban
el laúd y aguardaban á que por una ventana
del almenado castillo se les tendiese la
escala, por la que subían como gatos para
reunirse con sus amadas, ha pasado para
no volver.

Ahora, la prosa vil del positivismo mo-
dernista estruena el mayor encanto de es-
tas dulces afecciones; y con un insignifican-
te gasto de diez céntimos, se envían y re-
ciben por el correo interior antecedentes,
retratos y hasta el clásico y ansiado «sí»
que en otros tiempos constituía casi un
poema de amor.

Tengo á la vista un diario de la noche
que en la misma plana de anuncios tras dos
que se completan: una señorita que desea
un caballero de edad y de posición que la
proteja, y un señor activo y trabajador
que solicita una dama que tenga pequeño
capital.

Y me acuerdo del poeta, y, como él, ex-
clamo:

«Si en el camino se encuentran ¡qué de
cosas se dirán!»

Pero es difícil que se encuentren; por-
que, sin conocerse, habrán podido decir: el
médicamente se han leído, ¡no me con-
viene!

Y ríase usted de los idilios.

Abel Imart.

CURIOSIDADES

La batería triunfal

Con motivo de la llegada á París del rey
de Inglaterra hablan los periódicos france-
ses de la «batería triunfal» que es la que en
los días solemnes—fiestas y regocijos na-
cionales, llegada de soberanos, etc.—hace
temblar los cristales de París y conmueve
el aire hasta en los límites del horizonte.

Esa batería es la que el viernes último
anunciaba, con sus salvas, la llegada de
Eduardo VII.

Se compone de 18 cañones, tomados to-

100 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

LA DOBLE VISTA

97

nunciar sin enterarse. También mira el amor,
sus temores, su pudor y su turbación, como el más
grande de los tormentos, y el que se inspira, debía
esperar desde luego ser mirado por ella como un ene-
migo.

A la salida del teatro, en un relleno de la escalera
principal, Mma. de Champlery se encontró con su pri-
mo y su futura, la turbación con que la señorita d'Ar-
milly saludó á Mr. de Lorville, que dijo no la conocía,
inspiró alguna desconfianza á Valentina.

El mismo Edgar se desconcertó al ver descubierta
su engaño. Por último, esta noche no dió los resulta-
dos que esperaba Mma. Clairange, pues Mr. de Lorville
había adivinado, sin gran trabajo sus proyectos.

Valentina le había parecido sin gracia, y digna de
encontrar amable á Mr. Narvaux, Mma. de Chample-
ry, por su parte, juzgaba á Edgar falso y presumido,
y Mma. Clairange, viendo sus hábiles planes descon-
certados, se decía tristemente: «Mi hijastra no será
nunca duquesa de Lorville.»

—Os confundirán cuando vayais juntas, dijo Este-
fania á Valentina.

—No, replicó ella, para distinguirnos se llamará á
mi primo Mma. de Champlery la hermosa.

—Y á ti te llamarán la buena, esto vale más.

Se comprende que este pensamiento conmovió y
nuevo se debía á Mma. Clairange, quien orgullosa de
haberle encontrado, añadió:

—Veo, querida; que te verás obligada á casarte
para evitar un quid pro quo.

—El motivo es aminor, dijo Edgar, viendo el em-
barazamiento que la palantera de Mma. Clairange había
puesto á Valentina; esto me recuerda una joven que
determinó casarse tan solo por tener el derecho de pe-
nerse en el parterre, que tuvo la ingeniosa idea de probar
así como por casualidad.

—¿Cómo? repuso Narvaux, le era preciso casarse
para que se determinara á pensarse un sombrero?

—Sin duda, dijo Mma. Clairange; ¿no sabéis que
en Francia las jóvenes no gastan tocas, bonetes ni
turbantes?

—Felizmente, repuso Edgar, sin esto, en nuestros
salones, ¿á quién reconoceríamos desde que las mamás
persisten en su flaqueza? Esta costumbre está muy
bien ideada; además que es un lenguaje, pues cuando
una jamona renuncia al matrimonio, espolea el pe-
nacho blanco sobre la toca negra, lo que es como

XIV

ERA á mediodía del estío, esa estación insoportable
en París, en la que, guiados por un instinto
sanitario, preferimos visitar á aquellos de nuestros
amigos que tienen jardines, así como en invierno asis-
timos más á casa de los que son más frioleros.

—Se ahoga uno esta tarde, decimos, no hay en París
sitios en que se pueda respirar cómodamente sin ser es-
trujado como en las Tullerías. Los que tienen un jardín
en su casa en este tiempo, bien se pueden concepiuar
dichosos.

—El de Mma. de Tal debe estar magnífico, dice otro.